

ESTRELLAS A PESETA

Autora: Cándida Morillo González

ÉRASE UNA VEZ... un espíritu de la Navidad que caminaba errante por las calles de La Serena, feliz de contemplar estrellas y guirnaldas que llevaban a los adultos en volandas hasta los establecimientos de los pueblos, ilusionados con comprar un regalo que fuera capaz de transmitir cuánto afecto le tenían al destinatario del obsequio.

A los adultos de verdad, a esos que tenían horario laboral, y conducían coches a los que debían llenar el depósito de combustible, a los que valoraban el dinero por encima de otras muchísimas cosas, a los que tenían, sin saberlo, al niño que fueron, encerrado en la parte más escondida de su corazón.

Él, sin embargo, como buen espíritu navideño, observó sin darle mucha importancia, cómo su cuerpo crecía, sin esconder en ningún momento al niño que su corazón albergaba. Conservó, a pesar de avanzar en edad, el poder de acortar las noches y agrandar los días, de arrancar una sonrisa a la mirada de un niño a la que el llanto había nublado la vista, impidiendo que contemplara abetos y nacimientos. Jamás perdió el inmenso poder de sacudir las almas, cual sarmientos, hasta que estas dejaran caer todas las hojas secas de su otoñal existencia, mostrando a los demás, aunque solo fuera durante unos fugaces minutos, cuántos brotes verdes, colmados de belleza, estaban por nacer en ese ser humano.

ÉRASE UNA VEZ... Un niño que nació en un pueblo de La Serena, aunque todos los pueblos de La Serena, eran su pueblo. Abrió los ojos en una

humilde vivienda que no disponía de habitaciones, tan solo un negro chupón que hacía los efectos de radiador y cocina. Su calle, empedrada, fue su jardín de infancia, y un árbol que le protegía con su sombra, su mejor amigo.

Me hubiera gustado contaros que fue el más alto, el más guapo, el más listo de la clase...y que como premio a estas virtudes, la fortuna le había concedido una estancia en este mundo de lo más placentera. Pero entonces este cuento, sería mentira, y yo quiero contar todo lo hermoso que hubo en él, y que fue cierto, aunque nunca aprendiera a leer, ni a escribir, y aunque desde bien temprano, sufriera en sus propias carnes, ese abandono de la sociedad, que miraba hacia otro lado cuando se cruzaba de frente con su vulnerabilidad. Ese cruce de caras, fue en muchas ocasiones, su recompensa al esfuerzo titánico que supuso sobrevivir con unas capacidades distintas. Y a pesar de ello, no hizo sino devolverle a la vida, sin rencor y con alegría, amor a manos llenas.

No lamento que no haya logrado, a pesar de su magia, el elixir de la eterna juventud, pues reconozco merecido su descanso, ante la ardua tarea de arrancar sonrisas. Lloro, egoístamente, su silencio. La ausencia de su risa, de ese remolino de papel que nos serenó cuando, siendo niños, nos revolvíamos ante los quiebros del destino. La pérdida de ese hombre que aliviaba llantos infantiles, haciéndolos suyos, como si él no tuviera bastante con sujetarse a sí mismo en medio de aquel mundo de adultos ciegos.

ÉRASE UNA VEZ... un niño que nunca fue un hombre. Y no obstante, fue siempre viejo y sabio. Érase una vez un hombre que tenía el don de sanar las las almas de los niños de La Serena con su sonrisa y sus heridas con remolinos de papel fabricados con sus propias manos. Que siempre fue primavera en el invierno más duro. En la casa de San Pedro, que andará ya

torpe, no quedará una esquina en donde él no haya plantado una de sus cañas para que el aire las haga girar como si fueran sus flores. ¡Qué suerte los angelitos!

ÉRASE UNA VEZ...un niño al que le gustaba el jamón y agarraba la morcilla por la cuerda. Un niño que se crio en las calles de La Serena, junto a sus dos hermanos, aprendiendo de su madre, que cargaba una cesta de mimbre llena de perros y gatos de azúcar, el dulce oficio de ganarse el sustento consolando o premiando a criaturas con ojos llorosos.

-¡A los perritos! ¡A los gatitos!

Cuando Venturita descubrió, que entre las distintas capacidades de su hijo, se encontraba la de fabricar con papeles de periódico juguetes para los niños, amplió el souvenir, atando a su cesta con cuerdas, aquellas obras de arte de su hijo Meíco.

ÉRASE UNA VEZ...un niño que volaba. Que jamás subió a un avión, pero volaba. Que jamás paró a repostar queroseno, pero volaba. Que jamás contactó con un controlador aéreo, pero despegaba y aterrizaba. Que siempre tuvo el mejor argumento para aquellos que pusieron en duda que entre sus distintas capacidades se encontrara la de pilotar aviones.

-Los tontos vuelan.

ÉRASE UNA VEZ...un niño, que falleció en un vuelo regular Castuera-Benquerencia, dejándonos a todos huérfanos de sonrisas y remolinos. El vehículo contra el que chocó disponía de sistema de frenado, parachoques y otras lindezas de última generación que no pudieron hacer nada frente al vuelo vulnerable de Meíco. Se marchó un destemplado día, tal como vino. Sin hacer

ruido. Sin una queja. Cruzó el umbral de nuestra puerta en silencio, sin prisas, sin gestos sobreactuados, dándole a su muerte la misma importancia que a su vida.

Se fue con él un espíritu de la Navidad. Siempre lo tuvo, aunque el sol de agosto castigara las piedras de esas calles que tantas veces recorrió, limpiándose el sudor, bajo su eterno abrigo. Se fue sin advertirnos de la cruda realidad, porque nunca volveríamos a comprar remolinos a peseta, ni siquiera siendo adultos y sacando nuestras tarjetas de crédito. ¡Nos regaló, a los que tuvimos la dicha de conocerle, lo más grande! Eso, que no se encuentra en un centro comercial. Eso, que no hay dinero que lo pague. Que una estrella dorada se pose, por los siglos de los siglos, sobre el tejado de esa casa que le cobijó al nacer, para indicarnos su lugar. Porque allí no nació Dios, pero nació la bondad infinita.

Cuentan, que las estrellas que coronan los abetos de Navidad que lucen los hogares de La Serena, en realidad son remolinos de Meíco. Y que cada vez que un adulto deja escapar al niño que tiene escondido en la parte más oculta de su corazón, las estrellas giran a tal velocidad, que él vuela hasta nosotros.

Y si la próxima Nochebuena, descubres que tu estrella es una de esas, deja junto a los zapatos de los Reyes Magos una peseta, para que ellos le cuenten, que en La Serena, todavía hay niños encerrados en cuerpos de adultos, que recuerdan que su mejor juguete, fue un remolino de Meíco.